

---

SIXTO ROMANCE DE CUAUTLA.

MATAMOROS.

---

Al tronar de los fusiles  
Y al retumbar los cañones  
Arrojando tempestuosos  
Torrentes de ardiente bronce,  
Entre gritos de venganza  
Y entre dolientes clamores,  
Al desplomarse los muros  
Que con las balas se rompen,  
Dejando huellas la sangre  
Que sobre la tierra corre,  
Del campo de Buenavista  
Que lleva su ilustre nombre,  
Erguido, sereno, ufano,  
Sale valeroso jóven,  
Orgullo de los patriotas  
Y admiracion de los hombres:

Alto el cuello, ancha la frente,  
 Rubio el cabello y en órden,  
 Y del verde de los mares  
 Sus ojos indagadores,  
 Que cuando en medio al combate  
 Al enemigo se tornen,  
 Recordaránle terribles  
 El mirar de los leones.  
 El caballo que lo lleva,  
 Hijo ardiente de la noche,  
 Que caballo de la muerte  
 Suelen llamar los traidores,  
 Parece que del ginete  
 Va ufano, según su porte,  
 Por lo lióto, y lo soberbio  
 Que el ancho cuello recoge . . . .  
 Va sembrando el entusiasmo  
 Por las filas que recorre,  
 De donde brotan los vivas  
 Y donde se oyen mil voces  
 Que vuelan, de Matamoros  
 Inmortalizando el nombre.  
 Así se acercó á la plaza,  
 Y junto del atrio apeóse,  
 Dándole paso los bravos  
 Que son sus admiradores.  
     Bajo el árbol que hoy se mira  
 Junto al templo, que por flores

Tiene plumeros sangrientos  
 O de púrpura borlones;  
 Entre rúbricas de ramas  
 De caprichoso desórden,  
 Sentado estaba Morelos  
 Dando tranquilo sus órdenes,  
 Penetrante, cejijunto,  
 La frente piadosa y noble.  
 Vió llegar á Matamoros,  
 Con majestad levantóse,  
 Y con paternal sonrisa  
 Y honra marcada le acoge.  
 Por el fuerte de Galeana  
 Terrible el combate se oye,  
 Y á poco tocaron diana  
 Los clarines y tambores,  
 Que escuchó inquieto Febrero  
 De mil ochocientos doce.

---

---

SÉTIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

---

El clarin grita "enemigo;"  
El tambor anuncia alarma;  
A rebato clama el viento  
Y á somaten las campanas.  
Tiembla de furor la tierra,  
Álzase terrible Cuautla,  
Pendiente de que Morelos  
Le dé suelta en la batalla.  
Descendiendo de las lomas,  
Negro remolino avanza  
De polvo, que al hacer claros,  
Descubre en olas quebradas  
El brillar de los fusiles  
Y el acero de las lanzas.  
Está el pueblo cual desierto,  
En las calles no hay un alma,  
Y tras las cerradas puertas  
Y las cerradas ventanas,  
Sólo de cerca se escuchan

Entrecortadas palabras,  
 Como ecos interrumpidos  
 De corrientes subterráneas.  
 Tan sólo unos cuantos bravos  
 Y Hermenegildo Galeana,  
 En la distante trinchera  
 Hacen su despierta guardia.  
 La falange de Calleja  
 Tiende sus inmensas alas,  
 Truena provocando el bronce,  
 Y alzan las primeras balas,  
 En tumultuosos acentos,  
 El grito de "¡viva España!"  
 Al clamor, en la trinchera  
 Erguido vése á Galeana  
 Desafiando desdeñoso  
 Al plomo y á la metralla.  
 Érase Galeana un hombre  
 De una estatura mediana,  
 Rubio el cabello y tendido,  
 La piel como nieve blanca,  
 Nariz aguda, ojos vivos,  
 Pequeños, pero como ascuas,  
 Resuelto en sus movimientos,  
 Económico en palabras;  
 Pero la voz como trueno,  
 Y la frente levantada,  
 En que dejó la viruela

Rojas y encendidas marcas.  
 En presencia del peligro  
 Se enaltecia su talla,  
 Y era rayo, y era furia  
 Que iracundo anonadaba.  
 Como torrente, las tropas  
 De Calleja se disparan,  
 Y á su frente, incontenible  
 Marcha el capitán Sagarra,  
 Gritando provocativo:  
 "Aquí espero al gran Galeana,"  
 Cada vez que su voz se oye  
 Entre una y otra descarga.  
 Galeana acude al llamado,  
 Ambos requieren sus armas,  
 Las tropas están suspensas  
 Y se quedan como estatuas.  
 Se embisten los adalides,  
 Se cruzan de ambos las balas,  
 Y repiten sus disparos  
 Cada vez con mayor saña,  
 Hasta que queda sin vida  
 Nadando en sangre Sagarra,  
 A la vez que el enemigo  
 Aprovecha otras entradas,  
 Y penetra victorioso  
 Sin resistencia á la plaza.  
 No bien la ocupa, á una seña,

Como por arte de magia,  
 Se coronan las alturas,  
 Se abren puertas y ventanas,  
 Y vomitan fuego y muerte  
 Sobre la servil canalla.  
 La guerra se empeña cruda  
 En el cerco de las casas;  
 Santo Domingo, San Diego  
 Y Buenavista se abrasan:  
 Los soldados de Calleja  
 Vuelven por fin las espaldas,  
 Aunque una voz los contiene  
 Y una valerosa espada . . . .  
 Es de Casa Rul el Conde,  
 Que gira sembrando hazañas,  
 Y que deja su cadáver  
 En la lucha encarnizada.  
 "¡Que mueran los gachupines!"  
 Grita ardiente la chinaca,  
 Alborotando el contento  
 Los repiques y las dianas.  
 Nadie contiene la furia  
 De las fuerzas desbandadas:  
 Así en medio de la noche  
 Corcel salvaje se avanza  
 En impetuosa carrera  
 Por escabrosas cañadas,  
 Y la formidable peña

Creyéndola sombra vana,  
 La embiste, y su mismo empuje  
 Le derriba y le quebranta.  
 ¡Qué gemir de los heridos!  
 De las mujeres ¡qué lágrimas!  
 ¡Qué humillacion tan terrible  
 De la española jactancia!  
 Y en el soberbio Calleja  
 ¡Cuánto despecho y qué rabia!  
 Con ponzoña de serpientes,  
 Que no tinta, va una carta  
 En que le dice á Venegas  
 Tras de la noticia infausta:  
 "Para escarmentar facciosos  
 "Demolerémos á Cuautla,  
 "Sepultando en sus escombros,  
 "Juntos, cadáveres y armas."  
 Y luego, más adelante,  
 Con inconsecuencia clara,  
 Revelando sus temores,  
 Dice, aparentando calma:  
 "Es, pues, necesario un sitio;  
 "Pero esto exige tardanza."  
 Escribió, puso su firma,  
 Y salió con faz turbada  
 A albergar á los heridos  
 Que arrastrándose llegaban.

---

---

OCTAVO ROMANCE DE CUAUTLA.

---

Estaba en su infancia Marzo,  
Y ya muy formal el sitio  
Que á la fama de Morelos  
Dió tanta altura y prestigio.  
Al retronar de las bombas,  
Del cañon al estampido,  
El pánico se difunde,  
Y la vida es un suplicio;  
Pero por fin, la costumbre  
Ejerce influjo benigno,  
Y á las bombas se saluda  
Con algazara y con gritos,  
Haciendo la gente alarde  
Del desprecio del peligro,  
Renovando la leyenda  
De lo heróico los prodigios.

Ya se esfuerza Víctor Bravo  
 Y ahuyenta los enemigos;  
 Ya el guapo coronel Tapia  
 Hazañas hace aun herido . . . .  
 Y entretanto, en sus *fandangos*  
 Sigue el pueblo de continuo,  
 Y prorumpen las guitarras . .  
 Despues de cada estallido:

*“ Y rema nanita, y rema,  
 “ Y rema y vamos remando,  
 “ Que los insurgentes llegan  
 “ Y nos vienen alcanzando.”*

Pero en la Toma del agua  
 Dánse combates reñidos,  
 Porque esa es cuestion de vida  
 De los que sufren el sitio . . . .  
 Se abren pozos, y se agotan,  
 Arena sólo da el rio,  
 Y las gentes ven que llega  
 Algun supremo conflicto.  
 Galeana al fin, impaciente  
 Congrega valientes indios,  
 Y cuando brilla el sol claro,  
 Y despreciando el peligro,  
 Alza en la Toma trincheras  
 Circundado de enemigos.

De un espaldon la guarece,  
 Y hace seguro recinto  
 Del depósito precioso  
 Disputado con tal brío.  
 Las aguas, tintas de sangre,  
 Van corriendo á los vecinos,  
 Y á Cuautla les encarecen  
 Sus defensores invictos.  
 Calleja concentra su ira,  
 Y añade á lo que va escrito,  
 Dirigiéndose á Venegas  
 Con furia de basilisco:  
*“ Este clérigo es Mahoma,  
 “ Que hace morir á sus indios  
 “ Contentos, pues les ofrece,  
 “ Si mueren, un paraíso  
 “ En que gozan mil placeres  
 “ Y en que están muy divertidos.”*